

THE HORUS HERESY®

*Guy Haley*

# LA PERDICIÓN DEL LOBO

*La imparable lanza del wyrd*



timunmas

THE HORUS HERESY®

LA PERDICIÓN  
DEL LOBO

Guy Haley

timun**mas**

Título: *La pérdida del lobo (The Horus Heresy nº49)*

Versión original inglesa publicada por Black Library

Games Workshop, Wolfsbane, GW, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo \* o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Título original: *Wolfsbane*

Ilustración de la cubierta: Neil Roberts

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2021 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: *La pérdida del lobo*; Miguel Trujillo y Roser Granell

ISBN: 978-84-450-0837-9

Depósito legal: B. 1.978-2021 (0010251992)

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Web: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Youtube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

## UNO

### Compañía de lobos

De todos los miembros supervivientes de los elegidos de Malcador enviados a Molech, Garviel Loken fue el último en ser llamado ante la presencia del Rey Lobo. Macer Varren y Proximo Tarchon habían sido convocados en primer lugar. Arek Voitek había sido despertado un tiempo de su sueño sanador para servir al primarca de los Space Wolves, y el humano Rahua reveló con reservas que incluso él había estado en la *Hrafinkel*. Su reticencia era comprensible. Un mero humano había recibido tal honor antes que Garviel Loken, agente Alpha-Prime de los Knights Errant. Loken se quedó en Titan, preguntándose si el hecho de que no lo convocaran era algo bueno o algo malo.

Loken pasó su tiempo de espera sabiamente. Había cosas que hacer. Siempre había cosas que hacer, en particular someterse a infinitos interrogatorios por los agentes de Malcador. El cuestionamiento era comprensible. Había estado en presencia del señor de la guerra, su padre genético. Como los interrogatorios solo ocupaban una parte de sus días, tenía permitido realizar sus labores entre una entrevista y otra. Estas ocupaban una parte más.

Todavía tenía demasiado tiempo entre manos.

La mente de un legionario es amplia y, a pesar de sus tareas asignadas, quedaba mucho espacio para las dudas: ¿por qué no lo habían llevado ante Russ?

Fue un alivio cuando finalmente llegó la llamada, aunque sabía que había una posibilidad de que la reunión terminara en su muerte.

Fue de Titan a la órbita de Terra en una nave rápida. Se quedó en la cubierta de mando todo el camino, con la armadura puesta como si se dirigiera a una batalla, de pie junto al trono de mando, y tan inmóvil y adusto que provocaba intranquilidad entre la pequeña tripulación.

La nave atravesó el plano de la eclíptica. Marte y Terra estaban en oposición. Las luces de las naves que bloqueaban el planeta rojo hacían parecer que hubiera una docena de mundos rodeados de un centenar de lunas adicionales.

Había un susurro constante en las estaciones de comunicación. El espacio vacío de Sol estaba repleto de naves estelares. La actividad en el sistema había alcanzado un punto álgido. Ahora que las tormentas de la disformidad habían comenzado a calmarse, Dorn anticipaba que Horus lanzaría un ataque pronto, así que el sistema hogar de la humanidad se preparaba febrilmente para la batalla.

Terra apareció como una estrella primero, un singular brillo que se dividió en docenas y, después, en cientos de luces menores mientras la nave de Loken se acercaba. Las naves de Russ estaban ancladas en el halo de las estaciones de reabastecimiento y los puertos secos, donde los restos maltrechos de las flotas una vez poderosas de la VI y la V Legión estaban sometidas a reparaciones apresuradas.

Se transmitían y recibían códigos. Sin bajar la velocidad, la patrullera se dirigió directamente hacia la nave más grande, un mastodonte de clase Gloriana envuelta en marcos de reparación, superpuestos como vendajes sobre sus heridas.

La *Hrafinkel*, la nave insignia de Leman Russ y una de las más poderosas de toda la galaxia.

Aterrizaron en la plataforma de embarque. Loken se marchó antes de que los motores terminaran el ciclo de enfriamiento.

Un clamor industrial resonó dentro de la patrullera mientras descendía la rampa de bajada. El metal traqueteante, los gemidos de las herramientas de las máquinas y los chirridos de las hojas cortando el plastiaceró asaltaron los oídos de Loken. El hedor a metal ardiendo

llenaba todo el lugar, tan inmenso como era. Las chispas saltaban trazando arcos, como géiseres de lava. Unas capas de plastek altas como estandartes titán se mecían en las brisas calientes que soplaban desde las profundidades de la nave. Los esclavos con los pesados trajes ambientales de los estibadores terranos y los gremios de construcción de naves trabajaban por todas partes, ayudados por esclavos fenrisianos de aspecto bárbaro que llevaban primitivas máscaras de cuero bajo sus visores. Loken se detuvo en la base de la rampa para esquivar una pesada plataforma de reparación que recorría retumbante el camino central de la plataforma de embarcación. Los conductores servidores conectados a la cabina miraban inexpresivos hacia delante. Un grupo de adeptos del Mechanicum los seguían, dirigiendo la máquina mediante una caja de control remoto implantada en el pecho de un enorme salvaje que estaba conectado a los cogitadores de a bordo mediante un largo y flexible cordón umbilical cubierto de plastek engomado.

La máquina pasó resoplando, y Loken puso el pie sobre la plataforma grasienta. Había tanta penumbra que pensó que los circuitos de iluminación no funcionaban, pero, al mirar los enormes espacios de la cubierta, vio candelabros con todos los globos lumen intactos. Estaba en penumbra a propósito.

Mientras sus ojos se ajustaban, vio los graves daños de la *Hrafnkel*. Los equipos de reparación y la planta pesada ocupaban el lugar de las cañoneras y las cápsulas de desembarco en los círculos de aterrizaje. Los hombres gritaban. Un camión estaba tirando de unos andamios de metal, traqueteando sobre la cubierta con un estridente tañido. Desde su regreso a Terra, Russ no había estado mano sobre mano. Había estado patrullando los confines solares al otro lado de la esfera de defensa exterior. Se había aventurado más allá del sistema y había luchado en la campaña de Daverant Reach y en la batalla de Vanaheim. Loken pensó que, si había hecho esas cosas con una nave destrozada, tenía que ser tan temerario como decían.

Una cohorte de trabajadores del puerto seco corría delante de él, con las viseras empañadas por el aliento y las botas de azófar golpeando el metal. En cuanto pasaron, Loken vio una figura salvaje mirándolo desde el camino principal de la cubierta de embarcación. No estaba allí antes.

Era un legionario, eso era evidente, pero iba vestido de forma tan bárbara que solo su tamaño y su comportamiento lo separaban de los hombres inferiores con pieles y cueros que trabajaban junto a los grupos de trabajo terranos. Una piel de lobo colgaba de unos pesados broches de plata sobre sus hombros. La piel yacía sobre un traje completo de cuero ajustado que lo cubría de la cabeza a los pies. Las docenas de paneles expertamente cortados imitaban la musculatura expuesta de un hombre desollado. Tenía el color marrón de la carne dejada para desecar en los cerros. Llamarlo armadura era pasarse de generoso. El cuero era duro, pero tenía demasiadas articulaciones y agujeros como para ofrecer ninguna protección real ante una espada, ni tampoco frente a armas más avanzadas. A pesar de ello, era impresionante. La luz del fuego se reflejaba en sus bordes, reluciendo sobre el intrincado entrelazado que la cubría por completo. Una máscara con forma de hocico de bestia ocultaba el rostro del guerrero. Sus ojos brillaban en la sombra que arrojaba aquella prenda. El destello de los ojos de una bestia cazadora escondida en un matorral antes de que una mole peluda te empujase al suelo y un aliento caliente te trajese la muerte.

La figura se aproximó. Loken se preparó para el combate de forma instintiva.

La barba roja del guerrero se separó para mostrar unos colmillos, y entonces se rio.

—¡Amigo mío! —exclamó el guerrero—. Estás un poco nervioso hoy. ¡Te doy la bienvenida a la *Hrafinkel*, nave insignia y dominio de Lemán Russ, el Gran Lobo, el Rey Lobo, el Señor del Invierno y la Desolación!

La confusión invadió a Loken.

—Bror Tyrfingr, ¿eres tú?

—Sí, ¿quién esperabas que fuera? —Bror le dio una fuerte palmada en la hombrera—. ¿El mismísimo Padre de todas las cosas? —Le tendió la mano y Loken le tomó el antebrazo. El guante de cuero agarró la placa de ceramita—. Me alegra verte, Loken.

—Cuando te fuiste de Titan, pensé que tal vez no volverías jamás. Y veo que tenía razón. —Señaló con un gesto el traje de cuero de Tyrfingr—. Vas a dejarnos para volver a unirte a tu señor.

—No, no, amigo mío —respondió Bror—. Mi rey me ordenó unirme al ejército privado de Malcador, y allí me quedaré hasta que me digan lo contrario. Mi lealtad está ahora con el regente. Es mi jarl. —La palabra extranjera sonó como un gruñido húmedo y gutural en su garganta—. Pero Leman de los Russ siempre será mi primarca. Es mi padre. Vengo a verlo para renovar lazos de alianza y lealtad, y para analizar los próximos ataques contra el señor de la guerra. Regresaré muy pronto junto a Malcador. Pero tú y yo volveremos a luchar juntos, lo juro.

Loken sospechaba que Bror había regresado para informar a su antiguo señor del nuevo. Russ tenía una sed de información que rivalizaba con la de Malcador. Se abstuvo de decirlo.

—¿Por qué vas vestido así?

—¡Ja! —Bror golpeó los paneles de cuero que cubrían su estómago duro como el hierro—. ¿Como un miembro del Vlka Fenryka, dices?

—¿Esto es lo que llevan los Space Wolves?

—Cuando estamos entre los nuestros, sí. —Tyrfingr levantó la mirada—. Amigo mío, te doy un consejo: solo los que no son de Fenris utilizan el término «Space Wolf».

—Disculpa si te he faltado al respeto —dijo Loken.

Siempre había habido lazos de hermandad entre las diferentes legiones, pero la excentricidad de los Space Wolves los ponía a prueba. Eran una raza aparte, tan aislados como los White Scars de Khan, y más salvajes. Loken y Tyrfingr estaban hechos de la misma materia en crudo, pero el molde del que habían salido era muy diferente.

—Si me ofendiera —contestó Bror—, tendría que enemistarme con toda la galaxia. Tan solo intenta no decirlo en esta nave. Parecerás ignorante. Al Rout no le gusta la ignorancia, y no te tomarán en serio.

Abandonaron la plataforma de embarcación al atravesar unas grandes puertas y subieron por la nave. Loken había estado en muchas naves de clase Gloriana. Todas seguían un patrón, pero los Space Wolves la habían hecho tan suya como habían podido, arrancándola de forma sangrienta de las garras de la razón y reforzándola para que adquiriese su propia imagen tribal y supersticiosa.



Otra legiones preferían la piedra pulida, el metal reluciente y el cristal para sus pasillos. Los Space Wolves habían cubierto las paredes metálicas con capas de hueso tan grandes que solo podrían haberlas obtenido de monstruos. Los pasadizos más grandes tenían elaborados interiores con postes de cabezas de lobo y paneles decorados con bestias entrelazadas cuyas contorsiones terminaban inevitablemente en las bocas colmilludas de sus compañeros. Incluso los caminos menores poco importantes para una decoración completa transmitían el carácter de la legión: rocas musgosas en burbujeantes estanques de agua, puñados de hierbas secas atadas en fardos que colgaban del techo, armas primitivas encadenadas a la pared como si estuvieran aprisionadas.

A pesar de su tamaño, la *Hrafinkel* tenía la atmósfera del salón de un jefe tribal. El aire olía a humo y carne mal conservada, hierbas, grasa quemada, pelaje mojado, y el aroma cálido y almizclado de unos animales durmiendo en sus guaridas.

Sus pasillos podían estar iluminados por antorchas parpadeantes o por tiras de lumen o paneles bioluminiscentes. Los braseros se consumían con los vientos de succión de las unidades de reciclaje atmosférico, y las paredes tras ellos estaban manchadas de hollín.

—Os gusta oscuro —comentó Loken.

—Demasiada luz nubla los sentidos —respondió Bror—. Si crees que esto es oscuro, odiarás el Aett.

Otra palabra flemosa, más gruñida que hablada. Si el lenguaje fenrisiano tenía alguna relación con el gótico imperial, era difícil detectarla.

—¿El qué?

Tyrfingr se rio de forma gutural.

—El Colmillo. Lo llaman el Colmillo. Pero tampoco digas eso. Es el Aett, o nada.

La ilusión de que aquel lugar fuese la heredad de un rey salvaje habría sido total de no haber estado rota en muchos lugares, donde se mostraba la tecnología de debajo. Las reparaciones realizadas después de Alaxxes habían sido deshechas por las recientes incursiones de la nave más allá del perímetro solar. Había nuevas cicatrices sobre heridas viejas; la nave estaba dañada por completo. Había secciones enteras selladas. Montones de cenizas de madera se

mezclaban con los huesos de los mortales allí donde los incendios habían atravesado los mamparos e incendiado compartimentos. En otras secciones, habían arrancado el primitivo revestimiento de los Space Wolves para permitir el acceso a las entrañas de la nave. Los martillos hacían temblar la *Hrafnkel* de forma febril. Era una bestia gigantesca, casi herida de muerte. Tardaría décadas en recuperar sus plenas capacidades.

Loken había oído decir que Leman Russ pretendía partir en menos de una semana.

Tyrfingr condujo a Loken a las profundidades de la nave, donde el daño era menos aparente, aunque nunca ausente del todo. Subieron por escaleras húmedas cuyos mecanismos forcejeaban con unos conductos abombados. Después de un tiempo llegaron a la vía espinal, el gran camino de proa a popa que tenían todas las grandes naves estelares.

Incluso allí, bajo las enormes ventanas, donde un monorraíl de tránsito se movía con silenciosa premura y unas puertas ornamentadas llevaban a los palacios de astrotelepatía, astrogación, control de armas, el enginarium y otros dominios enormes, la sensación de asentamiento primitivo seguía siendo fuerte. Cada pocos cientos de metros había menhires tallados, con las bases todavía sucias de tierra alienígena, que se alzaban como centinelas en huecos que, en las naves de otras legiones, solían ocupar estatuas. Loken había visto a pocos hermanos de Bror hasta que llegaron a la vía espinal, donde abundaban mucho más. La mayoría llevaba trajes de cuero segmentado y máscaras. Eran similares a Bror, en el sentido más amplio de la palabra, pero ningún patrón era idéntico a otro. Cada uno era una expresión única del guerrero que había su interior. Los trajes de cuero eran más particulares que un rostro humano. Unas bestias fantásticas hechas de piel miraban a Loken mientras pasaba, y se sintió fuera de lugar con su armadura de energía limpia y gris. Los pocos legionarios que llevaban sus trajes de guerra eran menos excéntricos, pues sus armaduras de un gris tormentoso estaban decoradas con patrones retorcidos, runas martilleadas, collares de dientes y puntas de colas de lobo enganchadas en bronce forjados angulosamente.

Bror subió a Loken a bordo de un tren de personal lleno de esclavos. Muchos llevaban trajes tan recargados como los de sus señores, y Loken supuso que serían los kaerls de mayor rango del capítulo. El monorraíl aceleró implacable, convirtiendo la vía espinal en un borrón.

Llegaron a la torre de mando poco después y se dirigieron hacia el Salón del Lobo, la sala del trono de Leman Russ.

El largo pasadizo defensivo que conducía hasta allí solo estaba cubierto de enormes capas láminas de marfil. Los Varagyr, a quienes otros hombres llamaban la Guardia del Lobo, atestaban el lugar. Esos Space Wolves veteranos opulentamente engalanados montaban guardia en el exterior del salón, aunque Loken habría utilizado esa expresión con cierta vaguedad, porque no estaban en posición firme, sino congregados en grupos de dos o tres, hablando entre ellos en la tosca lengua fenrisiana tan alto como borraños, y, en apariencia, sin prestar atención a su tarea. Ni siquiera había consistencia en sus uniformes. El emblema de la legión de un lobo rojo rugiendo sobre el blasón de la hombrera izquierda era lo único que tenían en común. En otros lugares de prominencia, Loken vio lobos de dos cabezas, lobos sobre dos patas, lobos aullantes, y lobos de toda clase.

—Mi señor no es muy dado a los formalismos —susurró Bror, viendo la expresión en el rostro de Loken—. No nos exhibimos.

—Ya veo.

—Es mejor ser leales y un poco toscos que refinados instructores de corazón traicionero, ¿eh? —Las palabras de Bror parecían un desafío directo, hasta que le dio un codazo y sonrió. Su codo resonó contra el plástiacero. Aunque Loken llevaba su propia armadura, se alegró de que Bror no la llevase—. Ellos son la Guardia del Lobo del Einherjar, el círculo interno del jarl. Están aquí para honrarte. Todo esto es por tu bien.

Bror levantó la mano y le sonrió a un compañero suyo. El guerrero iba vestido con su armadura de energía sin casco, y tenía la cara cubierta por una máscara de cuero como la de Bror. Asintió con la cabeza como respuesta.

—Me siento honrado —declaró Loken.

—Deberías —replicó Bror.

Loken era sincero: era verdad que se sentía honrado. Hubo un tiempo en el que habría despreciado su fuerza por ser unos salvajes, pues consideraba a su propia legión muy superior. Antes de que los Luna Wolves se convirtieran en los Sons of Horus, y de que los Sons of Horus se convirtieran en traidores. Los lobos de Russ, los verdaderos lobos, habían demostrado ser más fieles.

Pasaron junto a los guerreros, aunque tuvieron que pedir perdón para atravesar la multitud. No poseían sentido de la disciplina, pero Loken sabía que eso ocultaba una terrorífica habilidad para la guerra.

Los braseros emitían un calor sofocante. Había cuencos para quemar grasas animales que teñían el techo de depósitos aceitosos. En el extremo más alejado del pasadizo, unas enormes puertas circulares de marfil bloqueaban el camino. Una serpiente recorría la parte exterior, rodeando con su círculo de escamas un mar tempestuoso lleno de monstruos y barcos de madera hundiéndose. La boca de la serpiente estaba firmemente cerrada sobre su propia cola. Loken reconoció el uróboro, el antiguo símbolo de la eternidad, pero nunca antes había visto una representación como aquella.

—¡Bror Tyrfingr! —rugió un gigante barbudo.

Llevaba un traje de cuero como el de Bror, y olía como la cueva de un oso en hibernación. Sujetó a Bror realizando un gesto mitad llave y mitad abrazo, y los dos se tambalearon por el corredor. Loken se vio obligado a retroceder para evitar el animado encuentro. Los dos hombres gruñeron mientras se empujaban, antes de romper a reír y abrazarse ferozmente.

—Ah, hermano Loken —lo llamó Bror, rodeando con el brazo los hombros del guerrero—. Este es Varagyr Kettril Modinson, conocido como Caradusta, del séquito de Hvarl *Hoja Roja*, el jarl de Sepp.

Kettril le dirigió a Loken una sonrisa enorme y contagiosa.

—El lobo solitario —dijo, y extendió el brazo. Loken lo tomó, solo para verse envuelto en un abrazo que preferiría haber evitado. Se le llenó la boca de piel húmeda antes de que Kettril lo soltara—. Es un privilegio conocerte, hermano, lobo a lobo.

—No tengo hermandad, ya no —indicó Loken, una declaración que hizo que Kettril lo volviera a abrazar con fuerza.

—No vuelvas a decir eso —le susurró—. Aquí todos somos lobos del Emperador. Si te falta un buen guerrero que te vigile las espaldas —señaló con la cabeza a Bror, burlón—, puedes llamarme a mí. Lo juro por los fuegos del mundo forja.

—Te doy las gracias —respondió Loken, sin saber qué decir.

—El Einherjar se ha reunido ante el Rey Lobo —informó Kettril a Bror—. Habla con claridad y orgullo —aconsejó a Loken—. Y no te dejes nada.

Kettril soltó un silbido agudo entre los dientes, y las puertas se abrieron. Tras la capa de marfil había unas puertas blindadas estándar de adamantium, gruesas y orgullosas como las de cualquier nave. Loken pensó que aquello representaba a los Space Wolves: el engaño del hierro oculto bajo el primitivismo.

—Adelante, pues —expresó Kettril—. No hagáis esperar al Señor del Invierno y la Desolación.

El salón del otro lado era enorme, pero la cantidad de guerreros y su forma de apiñarse en el centro lo hacía parecer pequeño e íntimo. El alto techo se perdía en la humeante oscuridad. Unas pocas ventanas ojivales dejaban entrar suficiente luz terrana como para revelar a los monstruos tallados que acechaban sobre los pilares. Loken deseó que hubieran permanecido ocultos: le recordaban a las cosas impías que había visto a bordo de la *Espíritu Vengativo*.

Los hachones y las antorchas resinosas eran las únicas fuentes de luz. Unos pequeños indicadores lumen sobre las armaduras de energía parpadeaban en el lúgubre salón, agitándose como chispas según se movían sus portadores. Tyrfingr se abrió camino hasta la parte delantera a través de dos veintenas de guerreros feroces. Había muchos señores allí, y otros Legiones Astartes que llevaban primitivos adornos de hueso sobre las armaduras de energía que solo podían ser los famosos sacerdotes de Leman Russ. Muchos de la compañía llevaban las extrañas máscaras de cuero del Rout. Unos cuantos portaban yelmos con la forma de cráneos de lobo. Las máscaras bailaban bajo la luz parpadeante, haciendo que el salón pareciera un inframundo poblado por dioses perdidos. Solo un puñado de guerreros tenían la cara descubierta, pero parecían tan misteriosos y feroces como los demás.

Sobre un trono de huesos se sentaba el Rey Lobo. Bror condujo a Loken hasta el primarca sin ceremonias. Había hombres yendo y viniendo por varias puertas más pequeñas en los laterales del salón, y el primarca no le prestó atención a su visitante hasta que lo anunciaron.

—¡Mi jarl! —exclamó Bror, pasando junto a un bárbaro de armadura negra—. Lo tengo, os he traído al último Luna Wolf leal.

Acercarse al Rey Lobo era como caminar hacia una tormenta. La luz cambió. El aire cambió. Unas sutiles presiones afectaban a sentidos poco utilizados, los que advertían de un infortunio inminente. Eran los sentidos que le decían a una mujer que su hijo había muerto en batalla, que alertaban a un niño del peligro que se escondía en la oscuridad. El mundo se convirtió en un lugar diferente en presencia de Russ, menos seguro, menos primario. Acercarse a él era retroceder en el tiempo al pasado distante del hombre, cuando el fuego alejaba a las bestias de la cueva y cada roca tenía un nombre.

Russ interrumpió la conversación con sus consejeros y se puso en pie.

—¡Fenrys hjolda! —gritó—. Garviel Loken, regresado de la guarida del mismísimo architraidor. ¡No eres tan tonto como pensaba si has sobrevivido a esa expedición! —se burló con una sonrisa—. Ven a mí, leal hijo del Emperador.

Que Russ te dirigiera toda su atención era como atraer la enemistad personal de una tormenta. Los enormes lobos que flanqueaban su trono, uno negro, y otro plateado, apenas eran menos imponentes. Su majestuosidad parecía increíble; era difícil imaginar criaturas como aquellas existiendo siquiera fuera de la mente de un dramaturgo. La cabeza del más pequeño, aunque solo lo era ligeramente, habría llegado a los hombros de Loken si se hubiese puesto en pie. Lo miraban con unos ojos amarillos entrecerrados. El negro frunció los labios, mostrando unos colmillos que eran más espadas que dientes. Sobre su cabeza había una franja calva con una nudosa cicatriz rosada.

Deseó con fuerza que no se levantara.

Aunque el nombre de su amada y deshonrada legión evocara a criaturas como aquellas, a Loken no le gustaban esos lobos.

En la pared detrás de Russ colgaba una lanza grande. Un mango tan grueso como el poste de sonido de un dispositivo de comunicación terminaba en la escultura de un lobo rugiendo de cuya boca salía una hoja larga como la de una espada de oro brillante. Una exquisita lacería recorría todo el platiacero. Bajo el cuerpo del lobo se encontraban el generador de un campo de disrupción, los cableados de transmisión de energía y los botones de dispersión de campo inteligentemente escondidos por la decoración. Había otras tecnologías más sutiles tejidas en la hoja. Era un arma psíquica, creada por el Señor de la Humanidad, salida de sus forjas e impregnada de su maestría en ciencia y disformidad. Aun inactiva, producía una sensación particular, un eco resonante de la presencia del Emperador, que provocaba intranquilidad y llenaba los corazones de los hombres de oscuros presagios.

Leman Russ la odiaba. Y, de algún modo, Loken se dio cuenta. Russ se alejó de donde colgaba. Estaba situada demasiado lejos del trono como para que la cogiera para defenderse, mientras que sus otras armas, su bólter gigantesco y su monstruosa espada gélida, se encontraban a mano. El Rey Lobo la miró de soslayo más de una vez, como si no confiara en que se quedara donde estaba.

Bror Tyrfingr se arrodilló a los pies de su señor, la única señal de deferencia que Loken había presenciado hasta el momento durante su tiempo en la *Hrafinkel*.

—Levántate, Bror —dijo Russ con voz retumbante, agitando ampliamente la mano—. No quiero que Loken vuelva trotando con el viejo y describa a mis hijos como desgraciados humillados. —Le dedicó una sonrisa salvaje a Loken—. Le informarás, ¿verdad? Ese viejo sabueso taimado tiene ojos en todas partes.

—Al igual que vos, creo —replicó Loken.

Russ le sonrió a Bror.

—No tenemos nada que esconder en el Rout, ¿eh, hijos míos? Dile a Malcador lo que quieras. Si lo haces, puede que deje de molestarme con sus preguntas.

Gritos y murmullos de asentimiento resonaron por la habitación. Loken estimaba que habría alrededor de cien guerreros en el salón. No solo el consejo de jarls de Russ y sus sacerdotes, sino también los homólogos de la legión de capellanes, Forge Marines

y apotecarios. Sin la pantalla de su casco no podía estar seguro. Dudaba que se hubiera atrevido a activarla siquiera de haberlo llevado puesto. Puede que los Wolves hubieran reaccionado de forma desproporcionada ante el torpe e inintencionado desprecio de un augur curioso sondeándolos.

—¡Que alguien le traiga un asiento a este hombre! —ordenó Russ—. ¡Y algo de mjod!

Trajeron una silla. Russ le hizo un gesto a Loken para que se sentara y le pasaron un cuerno de bronce para beber. Por petición de Russ, Loken sorbió el líquido. Le quemó la boca, la garganta y el estómago en este orden, con su sabor a aceite de motor mezclado con ácido. Reprimió una tos. Aquella bebida mataría a un hombre mortal.

—Bueno, ¿verdad? —dijo Bror. Todos los Space Wolves, o al menos aquellos cuyas bocas podía ver, sonreían ante su incomodidad.

—No es de mi gusto, mi señor primarca —respondió Loken con diplomacia.

—Ah, dale unos sorbos más —sugirió Russ. Su acento era más fuerte que la última vez que lo vio Loken, la única vez que lo había visto, en el retiro de Malcador, en Himalazia. El primarca se reclinó en su trono. Se aseguraba de aparentar que no le importaba lo que la gente pensara de él, pero era una apariencia. Malcador se lo había dicho—. Mejora cuanto más bebas. Los guerreros de Fenris solo tardaron unos años en desarrollar un licor que embriagase con rapidez a un legionario, pero nosotros hemos pasado muchos años perfeccionándolo. Continúa. —Russ levantó la mano y volvió a agitarla—. Un buen trago esta vez. El mjod no es para sorberlo.

Loken disimuló sus recelos y tomó un trago de aquel líquido. Se esforzó por no escupirlo. El ardor era menos pronunciado esta vez. Su estómago adaptado se contrajo contra el mjod, pero lo mantuvo dentro y, tras un momento, una agradable calidez se extendió por su tripa.

—¿Bien? —insistió Russ. Su sonrisa era todo dientes afilados, no encajaban con la cara afeitada del primarca. Rara vez se comentaba, pero Russ era un ser hermoso, aunque sus facciones eran proclives a sufrir contusiones y tenía muchas cicatrices.



Todos los primarcas estaban hechos para ser perfectos, pero algunos de ellos, Fulgrim y Sanguinius en particular, eran más bellos que otros. Leman Russ era guapo a su manera, si uno miraba más allá de sus pieles y su comportamiento. Loken se preguntó cuánta gente lo había hecho—. Bueno, ya sabes por qué estás aquí. Vamos a ello.

—Queréis saber de nuestra misión.

—Así es. Con pelos y señales. Comienza por el principio.

—¿Por el principio?

—Eso es lo que he dicho, ¿no? ¿Ves, Bjorn? —se dirigió Russ a un guerrero saturnino de pelo oscuro que se encontraba a la izquierda de su trono—. Te dije que este era lento.

—Perdonadme, mi señor, pero ¿no habéis pedido a Bror y a los demás que os cuenten lo que ha ocurrido? —preguntó Loken.

Russ giró la cabeza hasta que su cuello crujió.

—Ah, ¡lo ha hecho, lo ha hecho! ¡Todos lo han hecho! Les pedí a todos que comenzasen por el principio, y quiero oír tu versión de lo sucedido de la misma manera. Es importante. Escuchando todas las explicaciones, los skajalds —señaló un grupo mixto de humanos estándar y legionarios en un lateral de la sala— crearán un relato de los acontecimientos que se cantará en las sagas de la legión. Un legionario del Adeptus Astartes podría recordarlo mejor que un humano, pero sigue siendo falible. Con la memoria colectiva puede encontrarse un relato más certero. —Russ estiró los pies y se espatarró más en su trono—. Así que adelante, habla. Cuéntame tu aventura.

Así que Loken habló. Contó cómo él y los Knights Errant de Malcador se habían infiltrado en la nave insignia de Horus, la *Espíritu Vengativo*, en el culmen de la batalla de Molech. Con un peso en el corazón, informó del cómputo de muertos, cómo les habían arrebatado la vida a héroes nobles uno por uno, hasta que finalmente fueron capturados y llevados ante el propio Horus.

—Murieron cinco de los once que éramos, mi señor —relató—. Tres de ellos fueron mortalmente heridos. De no haber sido por las acciones de Banu Rassuah, todos habríamos muerto, o algo peor. —Bajó la mirada, incapaz de sostenerle la mirada al primarca—. Nos atraparon antes de que pudiéramos mapear la *Espíritu*

*Vengativo* por completo. Le expresé mi lamento a Bror por haber fracasado en la tarea que nos disteis.

—No hemos fracasado —replicó Bror—. Ya te lo he dicho. Muchas veces.

—Y yo te he dicho cien veces, hermano mío, que no puedo estar de acuerdo. —Loken se miró las manos, disculpándose. Sus hombreras se movían sobre sus monturas con un suave siseo. Solo en el silencio del salón de Russ, donde los señores reunidos de los Space Wolves escuchaban con tanta atención, podía oírse un sonido tan débil—. Lo siento, pero es cierto. ¿Cómo podemos llamar éxito a lo que hicimos?

Russ respiraba con pesadez, inmerso en sus pensamientos.

—Éxito o no éxito. Bah. Háblame más de mi hermano. Cuéntame lo poderoso que parecía.

La lengua se le atrancó a Loken. No podía creer en qué se había convertido el señor de la guerra, y su lengua se rebeló cuando trató de expresarlo con palabras.

—Ha cambiado, mi señor. Por completo. El primarca Horus Lupercal se ha convertido en una abominación. Le ha pasado algo. Nunca... nunca he estado en presencia de tanto poder.

Hizo una pausa tras aquella declaración, temiendo que pudiera parecer que albergaba alguna lealtad hacia el señor de la guerra. Nada podía estar más alejado de la verdad.

—¿Crees que mi hermano ha sido dominado por alguna inteligencia maligna? —preguntó Russ—. He oído informes de que ha sido corrompido, y de que sus pensamientos no son suyos.

¿Había esperanza en la voz de Russ? ¿De que Horus el Grande, el mejor hijo del Emperador, no fuera culpable de lo que estaba sucediendo?

Malcador le había confiado a Loken dos cosas importantes sobre el Rey Lobo. La primera era que podía quitarse y ponerse su personalidad de rey bárbaro tan fácilmente como un yelmo: no era el simple señor guerrero que interpretaba. La segunda era que se arrepentía de lo que había ocurrido en Prospero, y le dolía cómo lo habían manipulado. Habría sido más fácil para él aceptar que no era su hermano quien lo había utilizado, sino alguna otra cosa sobrenatural. Malcador le había dicho que a lo mejor Russ confiaba

en que Horus pudiera ser salvado, no solo por el amor que sentía hacia su hermano, sino en su propia defensa.

Tal vez fueran las dos cosas, o tal vez no fuera ninguna. Loken trató de leer las verdaderas intenciones del Rey Lobo empleando los trucos de observación que los agentes de Malcador le habían enseñado, pero no podía. Solo veía la cara de un salvaje, con la mirada inescrutable de un hierofante.

Reprimió su frustración. Estaba destinado a ser siempre un arma ciega. No era cosa suya juzgar a un primarca.

—Por desgracia, no —confesó, respondiendo la pregunta de Russ—. Sea lo que sea eso en lo que se ha convertido, la mente del señor de la guerra gobierna todavía su cuerpo. La ambición de Lupercal lo hace avanzar. Cuando habló conmigo, fue Horus quien trató de llevarme otra vez a su lado, y no alguna abominación no nacida, aunque la *Espíritu Vengativo* albergue ahora tales cosas. Fue Horus quien mató a El Que se Oye a Medias como si no fuera nada. —Miró los penetrantes ojos azules de Russ, y fue golpeado de nuevo por la inteligencia que veía allí—. Hemos visto muchas cosas que pensábamos que no podían ser ciertas. Demonios, criaturas de la disformidad que infestan la carne humana, dioses tal vez, jugando con las vidas de los hombres. Pero Horus vive. Fue corrompido en Davin por esa espada, pero lo reconocí cuando volví a verlo. No podría haberse vuelto así de no ser por sus defectos. Orgullo. Soberbia. Pensaba que los primarcas estaban por encima de todo reproche, pero he descubierto que ninguno sois perfectos. Si Horus es una marioneta, está dispuesto a serlo más que ninguna otra cosa.

Russ se movió con inquietud ante las palabras de Loken, como un lobo sintiendo algo peligroso en la brisa. No podía negar las verdades que decía el Luna Wolf, pero Loken pensó que, incluso después de todo aquello, todavía creía en los hijos infalibles del Emperador.

El Rey Lobo rompió a reír.

—Me vuelves a sorprender. Eres atrevido, Garviel Loken, al ser tan honesto. Ahora, debes decirme lo más importante. —Se inclinó hacia delante en su trono, con los ojos entrecerrados—. ¿Puedo matarlo? ¿Puedo matar al señor de la guerra? —Continuó

antes de que Loken pudiera responder—. En los días antiguos, durante la cruzada, pensaba que podría vencer a la mayoría de mis hermanos. Tal vez no a Sanguinius, ya que posee una buena mezcla de habilidad y furia. Es un coloso vestido de ángel. Ni tampoco al Acechante Nocturno, pues tiene el poder imprudente de los dementes. Pero, los demás... ¿Angron? Es demasiado irascible. ¿Fulgrim? —Se encogió de hombros—. Demasiado vanidoso. Perturabo y Dorn son demasiado impasibles. Guilliman es demasiado disciplinado como para disfrutar de la batalla, así que también lo vencería. Podría escupirle a Lorgar y tumbarlo, es demasiado débil de tanto arrodillarse. Alpharius es una serpiente miserable. Y todos sabemos lo que le pasó al gran hechicero de Prospero. Al resto podría derrotarlos así de fácil —añadió, chasqueando los dedos—. Pero, Horus... Si me lo propusiera, en un enfrentamiento uno a uno, podría haberlo derrotado. Habría sido difícil, una lucha muy igualada, y si la fortuna lo hubiera favorecido por encima de mí, habría triunfado. Pero esa hazaña estaba a mi alcance. Así que, dime, Garviel Loken, ¿lo está ahora? ¿Todavía puedo matarlo?

El rostro de Loken se tensó. Decían que Russ era orgulloso. Miró por los rabillos de los ojos a los señores lobo que había a su alrededor. Los bárbaros orgullosos con un sentido del honor demasiado desarrollado eran fáciles de insultar. Pero también decían que Russ no era ningún idiota.

Loken tomó su decisión.

—No —reconoció—. No podéis vencerlo. No como es ahora. No creo que nadie pueda, salvo tal vez el mismísimo Emperador.

Los labios del Rey Lobo se curvaron mientras reflexionaba, y sus ojos se desenfocaron. Acarició distraídamente la piel colocada sobre sus hombros. La expresión falaz desapareció y, por un momento, Loken fue testigo del hombre que escondía el Rey Lobo.

Un instante después, el hombre pensativo se esfumó, reemplazado por el salvaje sonriente.

—Te doy las gracias, Garviel Loken, por tu sincero consejo, pero te aseguro que venceré al señor de la guerra. Voy a tener que hacerlo. —La audiencia terminó y Russ se puso en pie. Sus lobos bostezaron uno tras otro, el segundo más aún que el primero, ya que siempre competían por ver quién podía abrir más la boca—.

Dile a Malcador que tomaré prestado a Bror durante un tiempo. No te preocupes, os lo devolveré, siempre que su conexión permanezca intacta.

—Sí, mi señor. Informaré al regente y después regresaré. ¿Cuándo nos marchamos?

Russ frunció el ceño.

—¿Cuándo nos marchamos? No nos marchamos, Garviel Loken. —Russ lo señaló con un dedo mugriento—. Tú te quedas aquí.

—Mi señor, os lo suplico —dijo Loken. Tenía un deseo ardiente de enfrentarse a su padre otra vez. Deseaba verlo una vez más, sin dudas en el corazón—. Dejadme ir. He jurado luchar contra el señor de la guerra hasta mi último aliento. Quiero ser parte de esto.

Leman de los Russ negó con la cabeza. Su moño de un rubio cobrizo se balanceó en el aire fétido de la nave.

—No, ¡tú te quedas! —replicó, severo. Después, añadió con suavidad—: De un lobo a otro, esta no es tu lucha. Es insensato entrometerse en las peleas de hermanos, como decimos en Fenris. Son las más sangrientas de todas. —Perdió la sonrisa una vez más—. No estés triste. Tendrás muchas oportunidades de enfrentarte a tu padre genético. Si tienes razón y no puedo vencerlo, me matará y después vendrá aquí. Lucha entonces contra él.